EL ARTE

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Director: D. ELADIO LEZAMA.

COLABORADORES.

Abarzuza (D. Ventura).
Alarcon (D. Pedro Antonio).
Albaladejo (D. Tomás).
Alcalá Galiano (D. José).
Alvarez (D. Miguel de los Santos).
Arnao (D. Antonio).
Arrieta (D. Emilio).
Balart (D. Federico).
Barbieri (D. Francisco Asenjo).
Benedicto (D. José).
Benitez (D. José).
Blasco (D. Eusebio).
Castro y Serrano (D. José).
Catalina (D. Manuel).
Casado del Alisal (D. José).
Céspedes (D. Dario).
Chico de Guzman (D. Ramon).
Coupigny (D. Juan).
Eslava (D. Hilarion).
Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
Fortuny (D. Mariano).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
Garcia y Garcia (D. José).
Garcia Santisteban (D. Rafael).
Haes (D. Cárlos).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Jimenez Delgado (D. Juan J.).
Jimeno Agius (D. José).
Jimeno (D. José Ildefonso).
Jimeno (D. Roman).
Liniers (D. Santiago).
Maroto (D. Eduardo).
Mélida (D. Enrique).
Mora (D. Juan de Dios).
Moran (D. Jerónimo).
Perez Cosio (D. Leandro).
Pujol (D. Juan Bautista).
Romea (D. Julian).
Sans (D. Francisco).
Sanz (D. Eulogio Florentino).
Selgas (D. José).
Serra (D. Narciso).
Trueba y Quintana (D. Antonio).
Vega (D. Ricardo de la).
Vergara (D. Mariano).

AÑO I. DOMINGO 2 DE DICIEMBRE DE 1866. NÚM. IX.

SUMARIO.

REVISTA DRAMÁTICA, por *D. Eladio Lezama*.—EL COLLAR DE PERLAS (continuacion), por *D. Santiago de Liniers*.—EN LA MUERTE DE MI HERMANO, por *D. José Chacon*.—CUÁTRO PALABRAS SOBRE LA FIESTA DE SANTA CECILIA, por *D. J. Ildefonso Jimeno*.—VARIEDADES.

REVISTA DRAMÁTICA.

Los quince dias que han trascurrido desde que escribí mi última Revista, se han sepultado en el insondable abismo de lo pasado, legándome la obligacion de hacer su historia literaria, pero sin cuidarse lo más mínimo de proporcionarme materiales para llevar á cabo mi tarea. ¡Qué quincena, lectores, qué quincena!

Vamos, si parece mentira que tengamos Academia de la Lengua, y Conservatorio, y teatros, y poetas célebres, y escritores distinguidos, y cómicos de una reputacion enorme, y qué sé yo cuántas cosas más; ¡si es cosa de pensar que se han acabado los traductores del francés y los autores silbados! Es decir, no, de estos todavia quedan bastantes, aunque en los últimos quince dias apenas hayan cometido nuevos crímenes.

Por fin, cuando hay comedias malas, ¡vaya con Dios! se escribe una revista de las comedias malas, y el lector hace con ellas lo que el público con las comedias. Cuando la comedia es traduccion del francés, le queda al crítico el recurso de traducir del francés tambien la crítica.

Pero cuando no hay nada, ¿qué se hace?

Sin embargo, no quiero que se diga que exagero: en la segunda mitad de Noviembre, nuestros poetas célebres, nuestros aplaudidos escritores, nuestros distinguidos literatos, en fin, todos nuestros autores, que Dios sabe cuántos hay,—han producido:

Una imitacion del francés.

Una traduccion del francés, y

Otra cosa.

La primera, ó sea la llamada imitacion del francés, fué una comedia titulada *Creer y dudar*, que vivió, no lo que viven las rosas, sino lo que viven las comedias malas; es decir, dos noches. No pude asistir á su nacimiento, pero á la noche siguiente presencié su agonía.

Y ¡qué triste agonía! Figúrense ustedes que me hallaba yo sólo en el teatro. Al decir sólo, entiéndase que no incluyo los acomodadores, los agentes de la autoridad, los músicos de la orquesta, y una mujer que *queria* vender merengues y azucarillos á la entrada del teatro. Yo estaba sorprendido y encantado de verme solo.

¿Cómo, me decia, todos esos hombres con galon de oro en la gorra, diseminados por los pasillos, esos guardias, esa mujer de los merengues, esos músicos que soplan en los trombones como energúmenos, esos otros que están ahí detrás de la cortina, encasquetándose calvas y pelucas, esas bailarinas que se ponen colorete en la cara y algodon en rama en las pantorrillas, esos maquinistas que, escondidos en las siniestras profundidades del foso, ó escondidos entre el laberinto del telar, sólo esperan un silbido misterioso para poner en movimiento los telones, esas pinturas, esos dorados, esas luces, todo esto se hace por mí y para mí sólo? Les aseguro á ustedes que sentia interiormente cierto orgullo.

La llegada de hasta docena y media de personas vino á turbar mi soledad y mis vanidosas reflexiones.

Sin embargo, como aun éramos pocos, nos tocó

© Biblioteca Nacional de España

bastante racion de comedia para empalagarnos y aburrirnos por completo.

Esto es todo lo que recuerdo de la comedia *Creer y dudar*. El imitador, ó traductor, segun yo pienso, debió *creer* la primera noche que su obra debia vivir poco; á la segunda, ya no pudo *dudar* que habia muerto.

Siguiendo el órden cronológico en que se han presentado las obras que debo examinar, ahora me toca decir algo de aquella cosa que para mí no tiene nombre y que en el cartel se llama *El motin de las estrellas*.

Yo bien quisiera no ser muy severo con ese apropósito meteorológico que, si bien se mira, no pasa de ser una broma casi improvisada, pero esta misma razon me impulsa á decir mi opinion sin miramientos. El teatro de los Bufos, en su afan de hacer reir á todo trance, nos va dando ya una porcion de obras como esa, que la crítica no puede menos de censurar severamente, á menos de desconocer sus deberes y abdicar completamente sus derechos.

Y ¿qué razones se alegan para desarmar la crítica ó para obligarla á que con torpe complacencia prodigue elogios á obras detestables? Que los autores tienen talento. Convenido, y por lo mismo están obligados á escribir obras mejores. Que han hecho su trabajo en poco tiempo. Y ¿quién les daba prisa para acabarlo? ¿Por qué no se han tomado todo el tiempo que era menester para que saliera bueno?

El *Motin de las estrellas* es una obra mala bajo cualquier aspecto que se la mire, y no creo que, hablando seriamente, pueda haber quien afirme lo contrario. Empieza con un diálogo entre una *aguardentera nocturna* y un sereno, y acaba con el edificante y literario espectáculo de un *cancan* que, si bien puede gustar en la *Closerie des lilas*, maldito el chiste que tiene en los Bufos.

No más gracia hacen ya al público esas escenas en que los personajes mitológicos hacen gala de un *discreteo* que solo se oye á ciertas horas en la calle de Jitanos. El público lo aplaudió por la novedad en *Los dioses del Olimpo*, lo oyó con calma en el *Joven Telémaco* y se fastidia con él en *El motin de las estrellas*.

Los que consideran el teatro como la escuela de las costumbres, deben estar muy satisfechos con la *aguardentera nocturna*, *la osa mayor y la menor*, y el *cancan* que se baila en los Bufos.

Se me ha olvidado decir que tambien se ha puesto en escena en este teatro una obrilla de Calderon, refundida por Ayala. *El Conjuro*, que así se llama la obra del gran dramático, es una farsa bastante graciosa, llena de una alegría franca y natural, aunque un poco grosera y retozona. El espectador se rie de buena gana. Verdad es que Calderon, como todos aquellos grandes poetas de su época, sabia hacer reir al público sin necesidad de recurrir á esos procedimientos mecánicos y complicados con que nuestros modernos autores arrancan trabajosamente una sonrisa que parece una triste mueca.

Solo me resta ya, para acabar mi trabajo, decir algo del bonito proverbio *Más vale maña que fuerza*, que se ha estrenado en Jovellanos.

Que sea traduccion, arreglo ó imitacion, importa poco. Aun suponiendo que no sea más que una traduccion, todavía le queda al traductor el mérito, ni despreciable ni vulgar, de haber hecho una version muy literaria y en un estilo muy correcto.

La obra, tal como se ha visto en Jovellanos, es sumamente agradable, y lo mismo puede ser española que francesa. Los personajes que en ella figuran son de todos los países, son *humanos*; las pasiones que los mueven son de todas las épocas, de todos los países, de todos los hombres; son inherentes á la naturaleza humana, son eternas.

De la ejecucion no sé qué decir, por no saber cómo decir los elogios que á mi entender merece. Pocas veces he visto un cuadro más armonioso y más completo.

Matilde y Teodora han llegado en esta pieza á una altura que sólo ellas pueden alcanzar, y nos han dado una nueva prueba de su gracia y de la flexibilidad de su talento.

El Sr. Catalina (D. Manuel) ha contribuido poderosamente al buen desempeño de la obra, y ha demostrado con cuánta justicia goza de la reputacion de ser uno de nuestros primeros actores en la comedia. Hasta el Sr. Casañer, en su insignificante papel, ayudó á completar el cuadro, que resultó de lo más artístico y más completo que se ha visto hasta ahora en nuestra escena.

ELADIO LEZAMA.

EL COLLAR DE PERLAS,

CUENTO INVEROSIMIL

POR D. SANTIAGO DE LINIERS.

Continuacion.

XII.

Ni el avaro que, sentado en el oscuro rincon de su escritorio, repasa en su imaginacion los millones que posee, y hace de memoria la suma de aquel dia, y la total del mes, y las multiplica para saber la ganancia del año, y acumula ésta al capital, y calcula la cifra exacta del aumento que, á interés compuesto, le valdrá para el año siguiente; ni el jugador en vena que aventura sus ganancias á la dobla, y se estremece de placer y de miedo al verlas aumentar en deslumbradora progresion; ni el ambicioso que fija la movediza rueda de la fortuna con un golpe atrevido, y llega tan alto que se siente presa de estraño vértigo, falto de tierra para sus inquietas plantas, y atraido por momentos hácia el abismo que él juzgaba haber evitado para siempre; ni el despreciado amante que oye en boca de su amada muda ó desdeñosa para él hace mucho tiempo, la dulce promesa en que apenas se atreve á creer, y se frota los ojos

© Biblioteca Nacional de España

y trata de convencerse por mil medios de que está vivo y despierto, y de que realmente aquella encantadora voz ha murmurado á su oido las palabras que se repite á sí mismo con singular voluptuosidad para no perder ni una sola de sus celestes vibraciones; ni nadie, en fin, de cuantos cuentan sus tesoros ó realizan sus esperanzas, ó tocan con ávida mano los ensueños de su fantasía, pueden dar una idea de los sentimientos que dominaron el alma de Irene al tocar por sí misma todos y cada uno de los objetos que encerraba el baul de su tio.

En un principio no se la ocurrió que todo podia ser suyo con sólo pronunciar una palabra; la curiosidad, y nada más, guiaba sus trémulas manos al separar un magnífico vestido para ver otro, al levantar una punta de encaje, al desdoblar un caprichoso chal de la India, al desordenar prendidos y trajes, abrigos y faldas, y al sumergir sus lindos brazos en el confuso piélago de ligeras gasas, de deslumbradoras cintas y de frescos encajes, que ocupaba el fondo de aquel revuelto *mare magnum*, capaz de producir vértigo en la cabeza mejor organizada.

Poco á poco, y á medida que la curiosidad fué satisfaciéndose, empezó á sentirse atraida hácia los objetos que tocaba, y sin figurarse todavia que eran suyos, esperimentaba una especie de envidia hácia la persona que habia de poseerlos. ¿Quién seria esta? pensaba. ¿Cómo la sentaria aquel vestido de raso azul? ¿qué efecto produciria aquel juego de encajes sobre su cuello y en sus brazos? ¿seria rubia? ¡Qué linda estaria con el vestido de baile de color de rosa! ¿Seria morena? ¡qué bien la diria el vestido de raso blanco, adornado con encages negros! Irene nunca habia visto tantas riquezas reunidas al alcance de sus manos: los cristales de un escaparate la habian libertado siempre de caer en peligrosas tentaciones, porque á pesar de su diafanidad y del alegre colorido que muchas veces prestan á los objetos que enseñan á la curiosidad de los transeuntes: su fria y estensa superficie establece una barrera insuperable entre el que puede entrar en la tienda y el que forzosamente tiene que detenerse delante de ella; como una débil cuerda corta la terrible vaguedad del vacio y libra del mareo al que con la vista quiere penetrar el fondo del abismo: una hoja de cristal es lo bastante para llamar al sentimiento de la realidad al que se siente atraido por el vértigo de la apropiacion. ¡Cuántas manos se han estremecido al sentirse heladas por el contacto del cristal! ¡Cuántos deseos han vuelto á esconderse en lo profundo del pecho, al verse repelidos por su tacto frio y desdeñoso! ¿Qué importa que brillantes luces iluminen las preciosas telas ó se descompongan en la deslumbradora pedreria, ó se adormezcan suavemente en los dulces tonos de las perlas? ¿Qué importa que este conjunto de luz, de color y de vida, este animado foco de inútil elegancia y de seductora animacion, recuerde en cada esquina y en cada plaza su desnudez al pobre, su miseria al desarrapado, su pobreza al ambicioso y su sencillez á la coqueta? Para los hambrientos de pan y de abrigo, de lujo y de galas; para los desheredados de todo género, es bastante defensa una frágil luna de cristal.

Símbolo de la engañadora promesa moderna, la felicidad se presenta sin velos que la encubran, ni sacerdotes que la guarden, ni soldados que la defiendan; llegan, sin embargo, á tocarla, y una barrera más que nunca fuerte é inespugnable, el sentimiento de vuestra impotencia y desnudez, os volverá á la pobre y razonable realidad en que vejetais.

Ese efecto me han producido siempre los cristales de un escaparate; una página en blanco, en la que cada uno lee, sin embargo, el artículo del Código que trata del robo con fractura, única defensa de la sociedad honrada, único freno de la sociedad criminal.

Pero no era este el caso en que se encontraba Irene: todas aquellas preciosidades que otras veces habia mirado con curiosidad más indiferente que envidiosa, aquellas telas que nunca se la habia ocurrido poseer, aquellos encajes que siempre la habia parecido imposible que hallasen compradores, las mil y cien bagatelas cuya adquisicion habia juzgado siempre un cargo de conciencia, estaban á su vista desparramadas en las bandejas del cofre, indiferentemente arrugadas en una caja, asomando provocativamente un volante ó una guarnicion, por el borde de una sombrerera...; el vestido de baile, exhuberante en bullones y guirnaldas, rico en frescura y sencillez, se desbordaba en una modesta silla de paja; el rico traje de calle, de terciopelo negro, se erguia majestuoso, colgado provisionalmente en el picaporte del balcon, y parecia exigir con imperio que viniese alguien á tomar posesion de su ciudadela, y la bata blanca, guarnecida de encajes y adornada con cintas azules, doblada por la cintura, encima de la tapa del cofre, como que esperaba el lánguido levantar de la esposa, para envolver apenas sus blancos y desmayados miembros... y todos estos objetos estaban allí con aspecto de completa confianza y, por decirlo así, como en su casa.

Irene cogia en sus manos ya una cosa, ya otra, contemplándolas con sencilla admiracion; de la curiosidad habia pasado su alma al sentimiento de la envidia; de la envidia pasaba ahora al de la propiedad, ó, mejor dicho, al de la apropiacion. Todos esos instintos de elegancia, de buen gusto y de lujo, que duermen escondidos en el corazon de todas las mujeres, aun de aquellas que, como Irene, han vivido siempre en la reducida esfera de una modesta medianía, se despertaron en ella uno á uno, en confuso tropel, con ese misterioso engranaje que los une: el suave y caloroso tacto del terciopelo la hacia adivinar los arrebatadores placeres del invierno, grato á los ricos de la tierra por el aristocrático esclusivismo con que le disfrutan; los convites, esplendentes de luz, de calor, de elegantes trajes, de deslumbradores tocados, de animadas risas apenas apagadas por el chocar de las copas, el silencioso cruzar de los lacayos, los taponazos de las botellas y el chisporroteo del fuego, aprisionado en su lujosa cárcel de mármol blanco, primorosamente esculpido: las lige-

© Biblioteca Nacional de España

ras gasas, las caprichosas flores, las vaporosas telas y los delicados encajes, la representaban, con la estraña lucidez del insomnio, las dulces armonías de la música, llegando á su oido á través de una atmósfera, á la que dulces perfumes, discretos murmullos y el brillo del decorado y de las luces, reflejándose en los espejos, y de las miradas de amor, cruzando como corrientes eléctricas, de un estremo á otro del salon ó del palco escénico, la dan una densidad que llega hasta la asfixia, y una dulzura que llega hasta la embriaguez; la monísima y pequeñuela capota que parecia modelada para encajar su espaciosa frente, animar la espresion de sus ojos y dejar descubierto su delicado y abundoso cabello, el schal de Cachemira, en el que ya adivinaba los largos y correctos pliegues que habia de formar su delgada cintura, y el elegante vestido de seda, que ya veia gracioso y ondulante por el airoso movimiento de su andar, como que la recordaban las frescas tardes de la primavera, la apiñada multitud del paseo á la moda, que la contemplaba con envidia; y el ruido de los carruajes, y el piafar de los caballos que hacian calle á su elegante victoria, tirada por dos alazanes de pura raza...; en una palabra, todo ese mundo frívolo, fascinador y loco que hasta entonces no habia hecho más que soñar; toda esa vida fastuosa y desordenada, que tiene por teatro lo que se llama el gran mundo; por personajes, los que se llaman dichosos, y por argumento, lo que se llama divertirse, se presentó á sus ojos en un instante con los caracteres de la realidad, llamándola para que tomara parte en ella incitándola á que se dejase arrastrar, seduciéndola para que se abandonase al torbellino que la atontaba la cabeza.

(Se continuará).

EN LA MUERTE DE MI HERMANO.

Dulce amor conyugal, la idolatría
De la filial ternura, afectos puros
De fraternal cariño, amistad noble,
Entre dudas crueles fluctuando,
Estrechan con afan el triste lecho
Do yacen tu vigor y fortaleza.

Férvida exaltacion, terrible angustia
Se disputan sin tregua ni reposo
La posesion de tantos corazones
Como á tu amor palpitan agitados.

Sonríes ó reposas, y en un punto
Sublímanse las almas que te miran,
De la esperanza al sonrosado cielo...
Y se anubla tu faz ó se acongoja,
Y el rayo del dolor las precipita
Al pavoroso abismo de su pena.

Y vuelven á esperar y á temer tornan,
Segun es la expresion de tu semblante...
Cierra la noche en lobreguez tremenda,
Ni un solo astro al firmamento alumbra,
El naufragio sumerge á los cuitados,
Cuyo norte se eclipsa y desvanece,
Frio glacial hasta sus huesos hiela,
Y espanto, asolacion y horror inmenso
Vomita impía la entreabierta tumba.

¡Y es posible morir, dejar la vida,
Cuando todo sonríe, cuando se ama
Con ternura infinita, cuando jóven
El corazon aun, plácida y bella
Saborea la dicha elaborada
Por el génio benéfico, apacible,
De todos los amores, realizando
El más alto ideal de gloria suma!

¿Por qué te vas de aquí? ¿Dónde hallarias
Solicitud más tierna, amor más puro,
Fraternidad más entrañable y cuanto
El espíritu humano anhelar puede?

¿Dónde goce más puro y regalado
Que el dulce beso de tu casta esposa?
¿Dónde cielo más claro y esplendente
Que la inefable virginal sonrisa
De tus hijas amantes y adoradas?

. . . . . .

¡Ciega naturaleza! ¡Hado inconsciente!
¡Monstruos sin corazon! Cual nebli fiero
Que atento sólo á su voraz instinto,
Arrebata la presa y la devora
Con bárbara fruicion, no reparando
Ni en el valor precioso de su víctima,
Ni en que amorosos delicados lazos
Unirla pueden á la dulce vida.

Así, pero no así, con más encono,
El hado que el destino miserable
De los tristes mortales rige y guia,
Prefiere entre sus víctimas aquella
Que más anhelo por la vida tiene,
Que más duelo y más lágrimas arranca.

¡Ah! si el destino inexorable y ciego,
Por sábia mano dirigido fuera,
Con más tino sus golpes asestára!
Presas mil á su hambre inextinguible
Hallára por do quier, cuya existencia
Es grave peso y nota solitaria
Que con nada concierta ni armoniza.

Sin salir de la estancia do postrado
Yace el esposo tierno, el dulce padre,
Centro de un gran sistema de ternezas,
De amor y de placeres inocentes:
Sin salir de la estancia do angustiados
Escuchan, los que le aman, el gemido
Tenue, histérico, feble, doloroso,
De su larga agonía, dominados

© Biblioteca Nacional de España

De indecibles terrores, y sintiendo
En el alma su angustia y su congoja:
Sin salir de esta estancia, torpe muerte,
Puedes llevar la presa que codicias,
Sin romper la armonía deliciosa,
Ni el plácido suavísimo concierto
De corazones mil entrelazados.

Tuerce benigna el golpe, y ráuda siega
La existencia gastada precozmente,
Tras ilusiones mil desvanecidas
Al soplo destructor del desengaño,
Del que anheloso y abrasado siempre
En hidrópica sed de amor y gloria,
Corrió desatentado y sin reposo,
Tras mágico ideal de amor supremo,
Ora la via recta, augusta y santa
De mística Sion, ora la senda
Florida, engalanada é incitante
De Babel voluptuosa, hallando siempre
Por término fatal de su carrera,
En vez de la ternura ambicionada...
Necedad... impureza .. vil codicia:
Nunca amor en el triunfo, ni fundada
La resistencia en la virtud severa.

Siega el hilo vital del que llevando
Fuego inmortal de amor dentro del pecho,
Se siente emponzoñado y convertido
En infernal caliginosa hoguera
Que abrasa el corazon, abandonado
De la dulce esperanza, y solo, errante,
Hastiado de la vida, invoca y reta
Tu sombrío poder. ¡Ah! no descargues
De la impía segur el golpe rudo
Sobre este cielo de afecciones tiernas!

. . . . . .

Mas todo en vano fué, que la plegaria
Fervorosa, y ardiente, y anhelante,
Que la esposa y las hijas elevaban...
El frio de la muerte heló en sus labios.
¡Y tal es vuestro Dios! Mas... tente, impío:
Con horror de tí mismo retrocede,
O la blásfema pluma despedaza.
¿A dónde te conduce el miserable
Indigno desaliento, la flaqueza
De tu vil condicion? ¿Caerás acaso
En el abismo helado, árido y seco
De escepticismo imbécil? ¡Ah! ¿Dó entonces
Alivio á tus dolores encontráras?
¡Tú, escéptico! ¡Tú, impío! No, que el cielo
Te ha dado un corazon tierno y sensible
Y un espíritu enérgico y constante.

Puede un momento el peso inmensurable
De la tribulacion, rendir el ánimo,
Quebrantar la entereza y á los bordes
Llevar del precipio al más creyente,
Más firme y más piadoso, pero nunca,
Quien para creer y amar está formado,
Llega á la negacion, que el cielo pío
Su fe y su amor sostiene, señalando,
Cuando en la tierra la ilusion acaba
Más allá de las nubes y los astros
La dulcísima faz de la esperanza.
Ni hay en la vida situacion difícil
Al espíritu recto sustentado
Por la fe y la virtud: desde esta altura
Qué és la muerte veamos, y hallaremos,
En la pena cruel que nos devora,
Santa resignacion, dulce consuelo.

Muerte es trasformacion, Tabor glorioso
En cuya cima el alma alborozada
Deja el mortal ropaje, destrozado
Por la dura aspereza del camino
Revistiendo la forma que, impalpable,
Y pura, y esplendente, corresponde
A su esencia inmortal maravillosa:
El golpe de cincel con que el artista
Separando lo informe, tosco y feo,
La pureza de líneas y contornos
Del ideal divino de su mente
Y su gloria infinita esculpe y graba;
La caida dichosa y redentora
Que el vaso rompe de grosera arcilla
Do el espíritu leve, aprisionado,
Por exhalarse gime, comprimido
De la atmósfera impura al peso grave,
Y libre y desatado, á las regiones
De lo inmortal y lo inmutable vuela,
Donde tiene su asiento perdurable:
Do satisfechas mira las ardientes
Aspiraciones que en la tierra, solo
Para avivar la sed de su deseo
Le es dado vislumbrar confusamente.

Los amores allí no son turbados
De pasiones mezquinas ni groseras,
Y las almas amantes no impedidas
De la tosca materia impenetrable,
Se buscan con afan, se compenetran,
Al beso de su amor desvaneciéndose
En una esencia pura y solidaria:
Bien así cual se buscan presurosas
(Si las cosas corpóreas pueden darnos
De lo celeste idea) y se unifican
Diáfanas cataratas desprendidas
De contrapuestas y vecinas cumbres.

Union que delirantes anhelamos
Con ardor infinito y se presiente
Cuando el primer fantasma esplendoroso,
Puro, radiante, erótico, divino,
Entre albores de gloria soberana,
Se forja en la inflamada fantasía
Al plácido calor del amoroso
Primero, vago, virginal ensueño.
Union perfecta, estado venturoso,
Siempre gozado, apetecido siempre
Y jamás estinguido. ¡Oh! no es la tierra,

© Biblioteca Nacional de España

Donde es todo incompleto y limitado,
Del hombre la mansion definitiva.
¡Ah! Venid, mis queridas; vuestro espíritu,
Viuda desolada, tristes huérfanas,
Hasta Dios elevad: juntos lloremos
La ausencia transitoria del esposo
Del padre y del hermano, pero sea
De piedad nuestro llanto y de ternura
Y no ese llanto estéril del que solo
Hácia este bajo suelo, infeliz, mira,
Do espejismos falaces un momento
Con engañoso brillo, nos fascinan
Para más amargar nuestra existencia.

No pidais á la tierra, mis amadas,
Consuelo alguno á vuestra acerba pena;
Alzad al cielo los llorosos ojos,
Que allí es la patria de las almas puras,
Y allí dulce, y benigna, y amorosa,
Os sonreirá divina la esperanza.

Y hasta que el dia llegue destinado
A reunirnos por siempre al caro objeto
De nuestro tierno llanto, la memoria
De su dulce cariño conservemos;
Y la fe y la piedad que serenaba
La inquietud de su espíritu amoroso
Al ver que nos dejaba, estrellas sean
Que guien nuestro rumbo hácia la empírea
Mansion de Dios: su caridad ardiente
Imitemos tambien, cual él teniendo
Lágrimas compasivas para todos
Los humanos dolores, y así al cielo
Nos seguirán como á él mil bendiciones,
Lágrimas y plegarias fervorosas.

Y tú, mi dulce hermano, desde el trono
Do tu virtud sencilla te ha elevado,
Mira como de Dios la providencia
Al abrirte su seno, prevaliéndose
De mis torpes errores, que hoy bendigo,
Al amparo atendió de tu familia
Y á llenar el vacio de mi alma
Y mi sed de ternezas, eligiéndome
Cual muro fuerte de la amante yedra
De tu triste viuda, cual Pelícano
De tus cándidas hijas amoroso,
Mientras que yo postrado reconozco
Cuánto *es sábia la mano que el destino*
De los mortales rige. Así tranquilo
La bienaventuranza eterna goza,
Admirando conmigo y bendiciendo
El poder providente y soberano
Que, «llena su mision,» grita á tu hermano.

José CHACON.

Puebla de Alcocer, Julio de 1866.

CUATRO PALABRAS

SOBRE

LA FIESTA DE SANTA CECILIA.

Breves consideraciones vamos á esponer acerca de un hecho que nos parece de algun interés para el buen nombre del profesorado musical de la corte, y para lo que se deben á sí mismos los que le componen, consideraciones sugeridas por la asistencia á la funcion celebrada el dia 22 del presente en la iglesia de San Sebastian, y que la asociacion de profesores de música dedica todos los años á su patrona Santa Cecilia.

No nos ocuparemos de la clase de música que debe oirse en el templo, y que por desgracia no se oye. Cuestion es esta de que nos haremos cargo algun dia con la estension que su importancia requiere. Ni juzgaremos del mérito de las obras que se ejecutaron en el dia que nos ocupa, ni mucho menos de la ejecucion que obtuvieron: nada de esto. Nuestro objeto es diverso; puramente artístico, y artístico español, como artistas que nos honramos en ser, y como amantes y defensores de las glorias y merecida fama de nuestra patria en materia de música religiosa. Para aclarar este objeto, que nos parece, segun llevamos dicho, digno de alguna atencion, trataremos, por medio de cortas reflexiones, *de si debe consentirse en España, y en una fiesta celebrada por la asociacion de músicos españoles, la ejecucion de música estranjera*, y tambien *sobre la clase de música que deberá ejecutarse*, concluyendo con otras indicaciones que juzgamos útiles á nuestro intento.

En una nacion que ha brillado siempre por su música sagrada; en una nacion en que existen grandiosas obras de este género, y en donde afortunadamente aun hay maestros que pueden crear otras con las mismas y estrictas condiciones, debe meditarse mucho antes de conceder la primacia á la música estranjera.

Nadie tiene razon fundada para dudar de esta verdad. ¿Y no es vergonzoso que en España, y en la sola fiesta celebrada á espensas de los profesores españoles, ejecuten estos música estranjera, si quiera sea la más apreciable? Somos enemigos del esclusivismo, pero ¿por qué, en igualdad de circunstancias, no hemos de preferir á lo estraño lo propio?

Hablando ahora *sobre la clase de música que deberá ejecutarse*, pensamos que no todas las obras se han de admitir en el templo, y mucho menos en la funcion que los profesores dedican á su patrona. En ella no hay la disculpa (¡triste disculpa por cierto!) de que los interesados pidan tal ó cual composicion, sin reflexionar si será propia de la casa *divina*. Ella debe ser síntesis de los adelantos del arte, y la que signifique el lugar que este ocupa entre los que le profesan. De consiguiente, la música profana, lo mismo que la trivial, deben quedar desterradas en tan significativa solemnidad;

© Biblioteca Nacional de España

y la que se ejecute se encomendará á los artistas más notables y á los que demuestren mayor amor por el arte.

Poco serviria una cualidad sin la otra; y para hallarse los ejecutantes á la necesaria altura, si han de interpretar como es debido las obras elevadas que quisiéramos oir en el dia de Santa Cecilia, preciso es que reunan las dos cualidades mencionadas. Aun no se adelantaria gran cosa si no se encomendase *la direccion* á un verdadero artista, que con los relevantes conocimientos que ha de poseer un director, trasmita su entusiasmo y haga sentir las emociones que su alma esperimente. Por esto creemos y aseguramos que, tanto por la razon científica, como por la de autoridad, deben dirijir las obras que se ejecuten en esta fiesta, los maestros de reputacion más fundada, de talento reconocido y que ocupen más distinguida posicion, alternando cada año, y sin que puedan eximirse de este honroso cargo, á no ser por causa bien justificada.

Llenando estos requisitos se conseguiria el objeto que se propone el profesorado músico de la corte, y se haria una cosa digna del buen nombre artístico español.

Mas estas condiciones no se llenan por causas que, muy á la ligera, vamos á esplicar.

La direccion de la música en las iglesias ha llegado á ser una cuestion comercial. Desconociendo ó no teniendo gran voluntad los directores para cumplir sus deberes como católicos, como artistas y como españoles, no procuran más que agradar á quien les encomienda la direccion, sin cuidarse de si es justo ó no acced r á sus deseos, y convertir en teatro la santa mansion de Dios. Acostumbrados á este que, sin escrúpulo, llamaremos *tráfico*, olvidan lo que á sí mismos se deben, y el hábito les conduce á obrar de igual modo en una festividad de tan distintas condiciones artísticas, como lo es la de Santa Cecilia.

Por eso, esceptuando la parte de ejecucion, muy buena casi siempre, pocas veces se han visto reunidos los requisitos indicados. Buena prueba de esto es la funcion que, como dijimos al principio, nos sugirió las consideraciones que vamos esponiendo. Música italiana fué la que oimos en ella, en su mayor parte, y música sin las condiciones del género religioso.

Este y otros ejemplares nos demuestran que no es el amor del arte, ni el de la gloria de su pais, ni siquiera el interés religioso, el móvil de algunos de los directores de esta festividad, sino sus miras particulares, que pudieran, sin gran dificultad, probarse.

Tambien nos dice esto que hay en ellos tanta conciencia artística como ingenio y conocimientos de su profesion.

Verdad dolorosa, pero no por eso menos cierta.

¡Ojalá se remediase el mal tan pronto como nosotros lo deseamos!

J. ILDEFONSO JIMENO.

VARIEDADES.

El jóven actor D. Vicente Yañez, que ha actuado en el teatro de Novedades en esta corte, ha sido contratado para el de Lope de Vega de Valladolid. Creemos que el público vallisoletano premiará como se merece el mérito de este artista.

***

En una tienda de cigarros habanos en la Carrera de San Jerónimo hemos leido un letrero que dice *Conchitas á real*.

Algunos reales daria yo por ciertas Conchitas que conozco, aunque no tan suaves como las del tendero.

***

En vista de la brevedad con que la empresa de Jovellanos ha puesto en escena el proverbio que le remitieron de una manera misteriosa, todos los teatros de Madrid han recibido en estos últimos dias producciones acompañadas de cartas, en que los autores dicen que ocultan su nombre *por que sí*, que la gloria es humo, que les basta con la que tienen, etc. Por mucho que estos escritores oculten su nombre, con sólo ver el estilo se conoce que deben recibir varias felicitaciones en el dia de Inocentes.

***

En un pueblo cerca de Madrid, un ciego habia cometido no sé qué falta, y era conducido á la cárcel por los agentes de la autoridad; presentaba alguna resistencia en seguirlos, y la gente que pasaba se agrupó como sucede en casos tales.

—Ande usted, le decia el alguacil.

—¿A dónde? contestó el ciego.

—A la cárcel, replicó el alguacil.

—Pero, señor, dijo el ciego, si yo iba *á ver á mi mujer*.

Un curioso de los que allí habia esclama:

—*Me escamo*.

El ciego, irritado: No se escame usted; es cuando yo suelo ver.

Un casado prudente: Yo cuando suelo cegar.

Seguimos nuestro camino pensando que dos causas iguales pueden producir distintos efectos.

***

Segun noticias que nos merecen entero crédito, muy en breve debe abrirse un nuevo café en esta corte.

Tal vez nuestros lectores se estrañen de que un periódico consagrado á la literatura y á las artes se entretenga en dar esta noticia y hable de ella como de una cosa de interés.

Vamos á esplicar este misterio.

© Biblioteca Nacional de España

Este nuevo establecimiento estará decorado con gran lujo, pero no con ese lujo vulgar que consiste en la profusion de los dorados y en las grandes dimensiones de los espejos; el dueño del nuevo café, dando pruebas de inteligencia y de buen gusto, conducta que desearíamos hallase imitadores, ha encomendado á *nuestros primeros artistas*, el decorado de su establecimiento. Los pintores más notables de España se han encargado de pintar los varios salones de que se compone el café, y en cada uno de ellos habrá una estátua que dará su nombre á la pieza y espresará la clase de la sociedad á que ha sido dedicada; estas estátuas han sido encomendadas á nuestros más distinguidos escultores. Habrá salones para los literatos, los artistas, los militares, los comerciantes, etc., procurándose adaptarlos á las necesidades, á las costumbres y á los gustos de las personas que han de frecuentarlos.

El sitio en que va á estar situado este café, las condiciones del local, el lujo elegante y original con que será adornado, y otras varias circunstancias que creemos oportuno reservar, nos hacen creer que ese establecimiento será muy favorecido por el público. Por nuestra parte así lo deseamos, pues nos parece muy justo que sea recompensado un proyecto que sólo se ha de realizar á costa de grandes sacrificios, y que ha de influir favorablemente en nuestro público, acostumbrándole al espectáculo del arte.

***

CANTARES.

Todos los dias paseo
por la puerta de tú casa,
y tan sólo ver consigo
á tu perro que me ladra.

—

Quisiera ser mariposa
para volar hasta allí,
y tener por compañeras
las flores de su jardin.

—

Hace tiempo que el amor
dentro del alma no habita:
por más que pongo papeles,
este cuarto no se alquila.

—

Vencer los corazones
pueden las lágrimas,
que las piedras más duras
las rompe el agua.

—

Aseguran que las dádivas
halagan á las mujeres:
yo te doy mi corazon;
dí, chiquilla, ¿qué más quieres?

***

Uno de los primeros dias de la próxima semana se estrenará en el teatro de Jovellanos una comedia en tres actos y en verso, original de un jóven autor á quien el público aplaudió con entusiasmo en la última temporada teatral.

***

La comedia de magia del Sr. Liern, no se estrenará, como se habia anunciado, en el teatro del Príncipe, sino en el de Novedades, á causa de haberse quedado con la empresa de este último coliseo el señor Roca.

***

Por mañana, tarde y noche
Celestina dice á Clara
Que no ponga mala cara
A un amor que gasta coche;
Mas Clara quiere á un galan
Que, aunque de renta dudosa,
Puede hacerla muy dichosa
Con amor, cebolla y pan.
Y la buena Celestina
Le repite con dolor:
—Hija, se apaga el amor
En no ardiendo la cocina.

EL ARTE.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid: en la Administracion del periódico, calle de Santa Catalina, núm. 12, y en las librerías de Duran, Carrera de San Gerónimo; Baylli-Baillière, Plaza del Príncipe D. Alfonso; Miguel Guijarro, Preciados, número 5; La Publicidad, Pasaje de Matheu; Leocadio Lopez, calle del Cármen; Villaverde, calle de Carretas, número 4.

En provincias: en casa de los corresponsales, y en las principales librerías.

Fuera de Madrid no se admiten suscriciones por menos de un trimestre; sin embargo, los que deseen suscribirse por meses en provincias, podrán hacerlo, remitiendo al administrador del periódico, D. José Teulon, (calle de Santa Catalina, núm. 12), el importe del mes en 10 sellos de cuatro cuartos.

PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid, un mes.	4 reales.
Id., trimestre.	10
Provincias, trimestre. . .	12
Estranjero, trimestre. . . .	16
Ultramar, semestre.	2 1/2 pesos.

EDITOR RESPONSABLE: ELADIO LEZAMA.

MADRID, 1866:

Imprenta de J. Fernandez y compañía, Santa Catalina, 12.

© Biblioteca Nacional de España